



"Lámame"

Autor: **José Fernando Cuenca Gómez**

Como desde hace más de veinte años, en el primer sábado de diciembre, los antiguos amigos del instituto han quedado en la pista de basket del barrio donde se criaron. Desde entonces el tiempo los ha separado llevándolos por medio mundo: Barcelona, Madrid, Londres, Bruselas... Solo unos pocos quedan en la pequeña ciudad de provincias. Pero desde que Panocho los reunió una lejana Navidad, no ha faltado nadie ni un solo año.

Ese día dejan colgados en los armarios los trajes de abogado, los uniformes de militar o de policía, las batas de médico o enfermero, el casco de obrero o el gorro de cocinero, y todos se visten con el viejo chándal del equipo del instituto.

Panocho ya no agita la melena rubia que enamoraba a todas las chicas. Rafa no tiene ni un pelo de tonto, ni tampoco de listo. Silbío parece que está de nueve meses. Pero en todos puede apreciarse, en sus sonrisas y en sus miradas cómplices, los recuerdos de años y años que los mantendrán para siempre unidos. Aunque la vida los haya separado miles de kilómetros.

Hoy, uniformados con el viejo chándal blanco y verde, se camufla la suerte diversa que han tenido en sus vidas. A los obreros, a los profesionales de éxito, a los empresarios millonarios, a casi todos les está igual de estrecho el chándal. A un desconocido le sería difícil discernir cuál de ellos ha triunfado, cuál ha fracasado.

Pero si el desconocido fuera inteligente, sí que podría deducir muchas cosas más. Miraría los cortes de pelo, observaría los relojes de pulsera, estudiaría las zapatillas de deporte. Entonces podría asegurar que al Chumbo no le han ido demasiado bien las cosas.

Entonces comprendería por qué cuando terminan el partidazo de quince minutos y van al bar Orotava a tomarse unas cañas, cómo hacían de jóvenes cada sábado, a Chumbo no le apetezca beber más de una cerveza. Entendería que de esa forma se avergüence menos cuando dice que se le ha olvidado la cartera en casa, que intente sin éxito rechazar un décimo de lotería de Navidad del billete que compran entre los demás.

Cuando se despiden, Chumbo camina despacio con el escaso pelo blanco despeinado por el viento, con las manos dentro de los bolsillos, con la mirada unos metros por delante de sus pasos barriendo la acera gris. Sus zapatillas gastadas lo llevan al barrio de las afueras

**I CERTAMEN
LITERARIO
DE RELATOS
BREVES
"ILUSIONES"**



donde vive solo en una casucha de la que uno de estos días van a echarlo. Desahuciarlo, dicen los finolis. Echarlo, dice él.

Pasan los días, acaba el otoño, y llega el día veintidós. Cada uno de los amigos vive el sorteo de una forma diferente. Algunos verán el resultado por internet, otros delante de la televisión, los que viven fuera de España quizá ni se acuerden. Chumbo sentado en la butaca, con el único décimo entre las manos mirando con esperanza a la radio que parlotea sobre la mesa camilla. Con una manta sobre las piernas. Poco a poco la esperanza lo va abandonando. Ni el segundo, ni el tercero, ni los cuartos, ni los quintos. Ni si quiera la pedrea.

Hasta que poco antes del mediodía los niños anuncian el premio gordo.

Pero no, tampoco le ha tocado el gordo.

Los que comprueban el sorteo por internet rompen con desgana el décimo ese mismo día, otros lo tirarán en la papelera de la administración, quizá alguno incluso lo pierda. Solo Chumbo lo guarda porque sabe que ese décimo es la prueba de que puede presumir de la amistad de sus antiguos compañeros, y que lo ayudará a esperar hasta el próximo partidazo de basket en la pista del barrio. Con todo lo demás él puede apechugar.

Cada noche, cuando llega a casa, cuenta las pocas monedas que ha conseguido extendiendo la mano. Aún sigue sin ser capaz de levantar la vista, pero sabe que todo llegará.

A veces, meciéndose en la butaca de escay, se queda dormido oyendo la radio con el décimo sobre su pecho. Hoy los ronquidos han hecho volar el décimo que aterriza boca abajo sobre el suelo con suavidad.

Horas más tarde, a las tres de la mañana, las señales horarias le despiertan de forma abrupta, y de inmediato se toca el pecho buscando el décimo. Desorientado busca el décimo, hasta que lo descubre en el suelo a poco más de un metro de sus pies hundidos en las elegantes zapatillas de cuadros.

Al ir a recogerlo descubre unas letras escritas en tinta roja. Aún medio dormido logra leer lo escrito en él: "Llámame. Tengo un trabajo para ti. 686... Silbío".